

História Unisinos

E-ISSN: 2236-1782

efleck@unisinos.br

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

Brasil

Fernández, Sandra

Sociabilidad, arte y cultura. Una experiencia en la Argentina de entreguerras

História Unisinos, vol. 17, núm. 3, septiembre-diciembre, 2013, pp. 248-256

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

São Leopoldo, Brasil

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=579866793011>

Sociabilidad, arte y cultura. Una experiencia en la Argentina de entreguerras

Sociability, art and culture. An experience in interwar Argentina

Sandra Fernández¹

fernandez@ishir-conicet.gov.ar

Resumen: A partir de 1910, los sectores dominantes de la ciudad de Rosario consideraron que era fundamental consolidar sus esferas de interés. Desarrollaron entonces distintas estrategias tendientes a fortalecer el perfil cultural, intelectual y educativo ciudadano articulando el espacio público con el privado. Privilegiando su idea e imagen de cultura y cividad en los 20s, 30s y 40s, organizaron diferentes formas de acción. Este trabajo analiza algunas de las instancias que vincularon expresiones asociativas con instituciones estatales y su impacto sobre la sociedad.

Palabras claves: sociabilidad, cultura, espacio público, Argentina.

Abstract: As of 1910 the dominant sectors of the city of Rosario considered that it was fundamental to consolidate their spheres of interest. Thus, they developed various strategies designed to strengthen the citizens' cultural, intellectual and educative profile by articulating public and private space. Privileging their idea and image of culture and civility in the 20s, 30s and 40s, they organized various forms of action. This work analyzes some examples of linking of associative expressions with state institutions and their impact on society.

Key words: sociability, culture, public space, Argentina.

Pasiones privadas, expresiones públicas

El 7 de diciembre de 1937 se inauguraba el Museo Municipal de Bellas Artes de la ciudad de Rosario. Era una experiencia singular, ya que iba a ser el corolario de un sinnúmero de expresiones de sociabilidad cultural que se venían gestando en la ciudad desde hacía ya casi 30 años. Cuando en abril de 1912 se constituyó definitivamente la Asociación Cultural “El Círculo de la Biblioteca”, se abrió un hito en la forma en que la clase dominante local se ubicará en el espectro cultural e intelectual nacional. Era un objetivo central de los miembros proyectar a la ciudad en un plano de civildad occidental. La humilde urbe de las

¹ ISHIR/CONICET, Escuela de Historia/UNR.

primeras décadas del siglo XIX, sin pasado colonial, sin fundación, sin élite post-independiente, sin recursos para encaramarse en el andamiaje político, se había convertido, merced a los cambios introducidos por el tronco proyecto de la Confederación y la eficiencia del modelo agroexportador, en una de las ciudades más importantes de la república, sino la más importante después de Buenos Aires.

Rosario no tenía universidad, no era sede de gobierno, no era diócesis eclesiástica, no podía elegir a su intendente, no tenía autonomía. Sin embargo era la segunda ciudad más poblada de la nación. En primer lugar, tenía una poderosa corporación, la Bolsa de Comercio, entidad burátil que no sólo era una de las entidades de más larga data en la ciudad, sino que era la más importante corporación empresarial del “interior” del país, manejando significativos segmentos del mercado interno en especial de la exportación de cereales, fijando precios y calidades. Asimismo, asociaba al empresariado de toda el área de influencia de la ciudad-puerto de Rosario, es decir, la larga esfera de acción de los intereses exportadores que superaban ampliamente el marco nacional. Creada en 1884 con el nombre de “Centro Comercial”, su organización quedó plenamente perfilada en 1899 cuando se reformaron sus estatutos, adoptando el actual nombre de “Bolsa de Comercio”. En segundo lugar, contaba con una intensa vida económica y comercial, numerosas y variadas instituciones asociativas y un acaudalado grupo dominante de “hombres nuevos” que, descalificados por su condición de inmigrantes del juego político electoral nacional y provincial, se aferraban a su acción dentro del espacio público ciudadano para legitimarse y consolidar a su prole en la conducción hegemónica de la ciudad argentina paradigma del modelo agroexportador rosarino. Recordemos que la calificación de “hombres nuevos” es una conceptualización que permite diferenciar a uno de los grupos preponderantes desde mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX dentro de la clase dominante argentina. En tercer lugar, el ámbito delimitado desde los estudios de matriz regional/local muestra el espacio argentino de impacto inmigratorio con especial referencia a la provincia de Santa Fe, gracias al grupo social compuesto por extranjeros –y algunos migrantes internos– llegados en su mayoría durante los primeros años del flujo inmigratorio y, aún antes, que habían prosperado rápidamente merced a la acumulación originada en sus actividades empresarias y comerciales (Fernández, 2006b, p. 17-19).

Hacia el año 1910, los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo funcionaron en la República Argentina como una gran excusa para superar un cierto matiz de inferioridad dado por la ausencia de instituciones educativas y culturales de raigambre. Buenos Aires y Córdoba tenían universidades desde hacía largo tiempo. Una ciudad como La Plata, capital de la provincia de Buenos

Aires de reciente fundación, había sido favorecida con una monumental universidad que se convertiría por esos años en un polo de atracción estudiantil y en un centro científico e intelectual que en algunas disciplinas superaría a las viejas sedes universitarias (Buchbinder, 2010, p. 81-91).

Rosario, por el contrario, no disponía de ninguno de estos atributos. Para 1910 no había museos, no había bibliotecas, no había universidad. La ciudad se movía en la cadencia del flujo mercantil; la Bolsa de Comercio fijaba precios y calidades en paralelo con el mercado de Chicago; los embarcaderos se desplegaban por la ribera del Paraná para recibir a los buques de ultramar; kilómetros de líneas férreas la cruzaban sin resguardar su traza urbana, ni preguntarse por la belleza de los suburbios. Santiago Rusiñol, en su viaje a Argentina en 1911, la describió “blasfema y áspera”; y a sus hombres como construidos al calor del dinero:

Los hombres por amor del trigo son activos, vivos e inteligentes. Son de estos hombres que asombran (por lo lejos que está de nuestros gustos) que van con libros de apuntaciones que apuntan, que saben los cambios, que hacen números, que ven una columna de cifras y con una ojeada ya la han sumado, que les explicáis un negocio y no oyen más que con un oído; que ven un saco de trigo y adivinan los granos que tiene adentro; que repasan el Mayor y el Diario; que no saben a qué hora comen pero saben qué barcos llegan [...] (Rusiñol, 1911, p. 217-218).

De alguna manera, los ecos de las palabras de Rusiñol quizás quedaron rodeando las cabezas de los notables rosarinos, tan ajenos al ideal del intelectual catalán. Pero más allá de las impresiones expuestas en *Un viaje al Plata*, la clase dominante local tenía para 1910 ya una marcada decisión política sustentada en un discurso y una praxis: la de ocupar el espacio público convirtiéndolo en una esfera de interés dentro del canon del liberalismo político imperante.

En los inicios del siglo XX este grupo toma conciencia de la necesidad de consolidar su lugar social construyendo su perfil cultural en el espacio social que controlaban, capaz de identificarlos pero, sobretodo, poder identificar a la sociedad rosarina en su conjunto. El año 1910, con toda la connotación que la fecha brindaba, se les apareció como el momento oportuno para cambiar el rumbo de la ciudad sin historia. El acicate de los festejos del centenario los arrojó a una febril y renovada actividad asociativa. Las organizaciones de largo aliento, como las Étnicas, corporativas, recreativas y políticas, ya habían sido fundadas. Sin embargo, eran el cultivo ideal para desarrollar expresiones de sociabilidad, no institucionalizadas e informales, que sostuvieran el nuevo andamiaje

de legitimidad. Cabe señalar que durante el siglo XX argentino, en especial a partir de 1920, surgieron nuevas formas de asociación: clubes de barrio, bibliotecas populares, vecinales entre otras poblaron el escenario ciudadano. Sin embargo la fiebre asociativa del siglo XIX dejó una impronta profunda en la sociedad argentina. Producto del liberalismo imperante, estimuladas por el Estado nacional en pleno proceso de organización, estas entidades fueron la forma habitualmente elegida por una sociedad en construcción.

La asimilación de sus necesidades e intereses con los de la ciudad toda fue por estos años el ingrediente fundamental para la construcción de un imaginario que colocaba en el escenario ciudadano, entrelazados, a Rosario y su burguesía. Estos hombres y mujeres por acumulación económica y por capacidad de interpelación a los poderes públicos poseían un reconocimiento y prestigio que los secundaba. A pesar de esto último no habían consolidado aún su “cividad” como atributo social. La necesidad creciente para las nuevas generaciones de este grupo dominante era construir una esfera de acción pública superadora que se anclara en perspectivas civilizadoras, culturales, artísticas. Su significativa ausencia de los planos de decisión política y gubernamental nacionales, y su escasa performance en el marco provincial, limitaba y en mucho su posibilidad de operar en la generación de políticas públicas que beneficiaran de forma directa a la ciudad que los cobijaba. Por ello superaron esta aparente deficiencia con una activa dinámica asociativa que en la práctica operó como un generador de instituciones públicas y acicate de futuras leyes, ordenanzas y resoluciones que secundaban a las mismas. De hecho la burguesía rosarina llevó adelante una política de “hecho consumado”, constituyéndose en administradores y/o representantes de instituciones de perfil bifronte: surgidas al amparo de asociaciones y sus mecenas, e inmediatamente arrojadas al ámbito gubernamental.

Varias fueron las experiencias que se desarrollaron en esa década marcando un rumbo de acción. Entre ellas pueden mencionarse: la “Biblioteca Argentina” (1910) como una manifestación que, surgida desde instancias propias del Estado municipal, se prolongaba como en una muestra asociativa cultural como sería “El Círculo de la Biblioteca” (1912) (Fernández, 2002, p. 229-247, 2009b, p. 247-274); la asociación “Hospital e Instituto de Enseñanza Médica del Centenario” (1910-1929) (Fernández, 2009a, p. 15); el “Primer Congreso Nacional del Comercio Argentino” (1911) (Fernández, 2009c, p. 1-26, 2011, p. 1-25). Sin embargo, la primera de ellas compone un círculo virtuoso que resalta las complejas articulaciones desarrolladas en el espacio público. Biblioteca, asociación y museo son partes de una trama de sociabilidad que se nutre

de ámbitos gubernamentales, entidades asociativas, vínculos informales, grupos de interés. En el núcleo de estas iniciativas se encuentra un grupo de burgueses ilustrados rosarinos que, gestionando desde el gobierno municipal, pero también desde sus instituciones asociativas, plasma un proyecto cultural sostenido por una red de intereses comunes al espíritu de clase que los reúne y que constituye el eje de este artículo.

En el origen: la Biblioteca Argentina

En 1921 los socios de la Asociación Cultural “El Círculo” iban a decir:

Entre las características más simpáticas del Rosario se destaca la de haber organizado una poderosa institución cultural que agrupa en derredor actividades intelectuales y artísticas, antes dispersas o faltas de apoyo eficaz. Conferencias, conciertos, exposiciones de pintura y escultura, concursos literarios, premios de estímulo y otras manifestaciones de alta cultura tienen su origen y su mejor apoyo en un centro directivo que las armoniza y orienta, habiéndose llegado gradualmente por tal camino a la honrosísima situación actual, acaso única en el país, de que sea una biblioteca pública el punto de cita habitual, familiar pudiera decirse, de los elementos sociales más representativos de la ciudad. Esa institución es “El Círculo” (La Obra Cultural del Círculo, 1921, p. 5).

La ‘simpática característica’ de la creación de “El Círculo” de Rosario, tiene como origen la inauguración oficial de la primera biblioteca pública de la ciudad. En sí la Biblioteca Argentina inaugurada en julio de 1912 iba a satisfacer la tendencia de consolidar un discurso alrededor de “lo público”. La biblioteca representaba todos los valores sostenidos alrededor del conocimiento y su adquisición, la beatificación de la palabra escrita; aparecía además como la consagración del paradigma liberal que reglaba la constitución de un ciudadano que se constituyera como libre e igual también a partir del acceso a la educación.

Al momento de inaugurar la biblioteca, se nombra como director a Juan Álvarez. Recordemos que, al igual que su padre Serafín Álvarez, Juan llega a ser juez en el ámbito provincial (Dalla Corte y Sonzogni, 2000, p. 17-62). Décadas más tarde, Juan ocupará el cargo de Procurador General de la Nación. Significativamente, es su último cargo durante los episodios de 1945 que acelera el ascenso de Juan Domingo Perón. Por su desenvolvimiento, Juan Álvarez es separado de su cargo y debe afrontar un juicio político que finalmente lo desplaza de este cargo (Fernández, 2002b, p. 239). Hacia 1912, la figura de

Juan Álvarez aún no había trascendido ampliamente el escenario de la ciudad. Más allá de su perfil austero de abogado abocado a la función pública y sus preocupaciones historiográficas, su más activa participación tenía que ver con su reformismo político y su compromiso en pos de la educación y la cultura.

Álvarez, en calidad de director acompañado por algunos reconocidos nombres de la élite rosarina, organizaría a partir de ella “El Círculo de la Biblioteca”. Así la biblioteca con sus instalaciones y el aval institucional ofrecido por la municipalidad permitía no sólo una fuerte carga simbólica de legitimación, desde lo personal y colectivo, sino fundamentalmente desde la práctica solución de combinar los recursos genuinamente públicos con las expectativas privadas de imposición cultural. En 1921, durante la conmemoración del aniversario, ellos mismos recordaban esta posición diciendo:

[...] la dirección del establecimiento creyó oportuno amenizar el acto con algunos números selectos de música de cámara, y ante el Éxito obtenido por la fiesta –era la primera vez que sin propósitos de lucro se trataba de la capital federal un conjunto musical de importancia– el Dr. Rubén Vila Ortiz lanzó la idea de repetir periódicamente reuniones de tal tipo organizando al efecto una asociación... (*La Obra Cultural del Círculo*, 1921, p. 6).

Este espacio institucional representaba el cimiento para una prolongación asociativa que con claros objetivos artísticos, pero también con metas que no ocultaban la posibilidad paralela de la reunión social y festiva. Sin embargo, si en otros lugares de la ciudad se podía disfrutar de una sociabilidad galante e informal, el registro de periodicidad de las reuniones tendría una directa relación con lo que se consideraba selecto e intelectual. La sociabilidad se encontraría reglada por esta forma de encontrarse que tenía como objetivo último armonizar la esfera pública y el ámbito privado bajo el cristal de una reunión artística, que no tenía fines de lucro (García, 2006, p. 79-85). El perímetro se sellaba justamente en torno de estos elementos: articulación del espacio público y privado, institucionalizando tal relación a través de una entidad municipal; universalización de valores y percepciones detrás de un ideal artístico y cultural, y finalmente la legitimación de este lugar corriéndolo de la esfera del mercado. Ellos mismos dirán al girar la invitación para la organización de la asociación que tal reunión tenía como objetivo construir un centro artístico, un centro de cultura para la ciudad (*La Obra Cultural del Círculo*, 1921, p. 13).

Refrendaba la nota Juan Álvarez en su calidad de director de la biblioteca y por lo tanto como funcionario municipal. Pero también el resto de los firmantes perso-

nalizaban una muestra acabada de la figura ejemplar de lo que debería ser un “hombre público”. Encabezados por Camilo Muniagurria, un prestigioso médico de 36 años que desarrolló una vasta obra escrita destinada a la difusión del higienismo, cubrió por esos años un cargo en la función pública municipal como director del Instituto Antirrábico, llegando a ser posteriormente durante 25 años director de la Biblioteca Argentina, director de la Asistencia Pública dependiente también de la Municipalidad de Rosario, decano de la Facultad de Medicina, vicerrector de la Universidad del Litoral y presidente del Círculo Médico, así como otro acreditado médico en la práctica privada como Fernando Schleisinger. Le sigue una destacada figura del radicalismo santafesino: Rafael Araya (junto a Juan Siburu) quien era jurista y había desempeñado un *cursus honorum* dentro la justicia, llegando a ser fiscal del Estado. Recordemos que Araya inició su carrera en un modesto cargo dentro del consejo escolar, más tarde fue Defensor de Pobres y Menores. Posteriormente, ya en Santa Fe, fue Juez de Primera Instancia en lo criminal, miembro de la Cámara de Apelaciones y Fiscal del Estado. Complementó esta trayectoria desplegando su tarea docente en la cátedra de filosofía del derecho en la entonces Universidad Nacional del Litoral (UNL). Finalmente, completan el cuadro José Piattini López, Julio Bello, Tomás Arias, Raúl Lagos y Luis Ortiz de Guinea (Fernández, 2006a, p. 239-240).

Para estos sujetos, afianzados en el plano profesional, económico y político, era muy importante dotar “al Rosario” de una cultura singular; que la ciudad se convirtiera en una urbe, que entre Buenos Aires y la “docta” Córdoba fuera un faro artístico e intelectual. No había que sucumbir en una ciénaga de números y cuentas bancarias, y creían que había que redimir, a través de su labor de la calificación de ciudad fenicia con la que se identificaba a Rosario. La cristalización de la cultura burguesa en este tipo de expresiones se manifestaba claramente en el afán legitimador que estos prestigiosos miembros de la sociedad rosarina perseguían, tanto inter-espacialmente, como en la visualización que se pretendía para la ciudad y para su grupo dirigente.

Tanto el proceso eleccionario inicial como la denominación que se eligió para bautizar la novel entidad mostraron el vínculo perdurable entre la Biblioteca municipal y la institución cultural. El acto elegido, desarrollado en la sede del ejecutivo local gracias a la certificación de sus autoridades, refrendó tal unión: “Asociación Cultural El Círculo de la Biblioteca” (*La Obra Cultural del Círculo*, 1921, p. 11-12). Controlado y rubricado por el propio prosecretario del ejecutivo catapultó a la presidencia de la institución a Juan Álvarez (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, 1912-1920). Inmediatamente se procedió a elaborar los estatutos donde claramente se dejaría señalada la vocación

de la entidad para propender a la cultura intelectual y artística del Rosario (*Estatutos de “El Círculo”*, 1921, art. 1). Es así que, “buscando evitar el escollo en que antes naufragaran iniciativas muy loables”, los comisionados pensaron que el éxito de la nueva institución habría de radicar, al menos en sus comienzos, sobre estas dos bases:

Supresión de los gastos de local, servicio, luz y calefacción, que habitualmente absorben la mayoría de los recursos en los centros culturales [...] ofrecimiento de mayores ventajas a los asociados que las que pudiera ofrecer cualquiera otra organización de conciertos y conferencias hecha con fines de lucro o por empresarios (La Obra Cultural del Círculo, 1921, p. 7).

El “Círculo de la Biblioteca” se convertía así en un espacio cultural asociativo pero beneficiado con los recursos físicos y funcionales provistos por la municipal (Fernández, 2006a p. 245). Las metas diseñadas por los estatutos se concretarían en

Conciertos, conferencias, exposiciones de arte, publicar libros y revistas, crear premios de estímulo, acordar becas y subsidios y organizar certámenes literarios y artísticos, quedando facultada al efecto para hacer todos los gastos que estos festivales demanden [...] adquirir obras de arte las que podrán ser donadas a Instituciones culturales de esta ciudad, así como también aceptar donaciones o legados (Estatutos de “El Círculo”, 1921, art. 10).

La eficiencia entre la formulación de los objetivos institucionales y la proyección de tales prácticas en el espacio público fue sustancial a la hora de lograr la consecución de entidades municipales y provinciales destinadas al ámbito cultural y educativo. En tal sentido, la adquisición y legado de obras de arte no era vista por “El Círculo” como una forma de acrecentar el patrimonio particular de la entidad, sino por el contrario como una manera de ayudar a gestar una colección “pública” de obras de artistas plásticos argentinos que en un futuro próximo pudiera ser expuesta en un museo.

La consideración virtuosa de esa obra da cuenta nuevamente de la vinculación entre asociación y municipio a partir de la “obra” de los notables rosarinos en ambos espacios sociales. La sustanciación de esta meta también colocaba a estos hombres en una esfera de interés de significación. Mediadores entre artistas y entidades oficiales se apropiaban así de un capital social fundamental. La dirección de sentido artística y cultural entonces no estaba desarrollada desde los poderes municipales y/o provinciales sino desde instancias asociativas privadas que sólo a través del gesto público acercaban su ideal de

arte y cultura al resto de la sociedad. En tal mediación se confundía además la condición de críticos y de marchands, además de la de coleccionistas empedernidos. El sutil equilibrio de este juego de intereses quedaba oculto en la elaboración de un férreo discurso alrededor de un modelo artístico e intelectual que también se trasuntaba en los dictámenes de los “premios adquisición” en los Salones de Otoño organizados por “El Círculo”. Todo se conjugaba tras ese ideal donde lo asociativo, lo público, lo estatal, lo colectivo adquirían dimensiones novedosas resaltándose en un poderoso juego de intenciones y proyectos donde burgueses y ciudad se encontraban a cada paso.

Un programa de acción

La vida cultural de la institución se organizó sobre la base del diseño de un profuso plan de actividades que redondeaban las expectativas de los organizadores y que encontró amplia respuesta en un público de pares ávido por insertar a la ciudad en la cultural nacional.

Durante la gestión de la primera comisión directiva se formalizaron 12 conciertos y cuatro conferencias, además de inaugurar el primer Salón de Bellas Artes, que contó con la presencia del presidente Roque Sáenz Peña. En los años que llegan hasta 1920, se realizaron más de 70 conciertos y audiciones, y alrededor de 30 conferencias y espectáculos de poesía y se retomó el Primer Salón Rosarino de Bellas Artes. Este sintético panorama nos habla no sólo del perfil de la actividad artística deseada por los promotores de la institución, sino además de los nichos sobre los cuales “El Círculo” quería desplegar su propuesta. La música y las artes plásticas ocuparían un lugar relevante. La primera, a partir de una dilatada lista de funciones que recorrerían el Salón Blanco de la Biblioteca Argentina y las tablas de distintos teatros rosarinos presentando un sinnúmero de compositores, obras y ejecutantes –argentinos y extranjeros, profesionales y aficionados–, rivalizando con los teatros comerciales, Colón y el Teatro Ópera. Este último, aún propiedad de la familia Schiffner, fue adquirido por la asociación “El Círculo” en abril de 1943, cuando ya se había anunciado públicamente su demolición.

Como puede advertirse, la actividad de la comisión directiva de “El Círculo” fue casi febril organizando audiciones desde abril a diciembre de cada año. El recorrido musical fue bastante heterogéneo en los gustos, géneros e intérpretes. Desde conciertos sinfónicos ejecutados por prestigiosas orquestas nacionales, hasta más modestos recitales de señoritas, pasando por conjuntos de cámara que reunían visitantes extranjeros del Conservatorio Imperial de Leipzig, del *Metropolitan House* de Nueva York o del Conservatorio Nacional de Bruselas (Fernández, 2006c, p. 85).

Tan atractivas como las reuniones musicales eran las conferencias de los programas de “El Círculo”, que, menores en cantidad, eran una muestra de los vínculos con destacados intelectuales del momento. A Ricardo Rojas (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 23, 14/07/1914; reunión nº 24, 15/07/1914), Leopoldo Lugones (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 32, 18/04/1915; reunión nº 49, 23/04/1916; reunión nº 65, 31/12/1916), José Ortega y Gasset (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 63, 04/12/1916), Ramón Menéndez Pidal (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 26, 14/09/1914), Manuel Ugarte (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 50, 28/05/1916), Carlos Ibarguren (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 79, 21/10/1917), José León Pagano (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 67, 15/04/1917), le seguían algunos higienistas, entre ellos Gregorio Araoz Alfaro (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 15, 28/09/1913); también biólogos encabezados por Clemente Onelli (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 8, 18/05/1913); historiadores como Ramón Cárcano (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 82, 14/11/1917); así como viajeros y periodistas (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 104, 18/09/1919), diplomáticos (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 107, 15/09/1919), y hasta un exótico disertante interesado en la cuestión extraterrestre (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, reunión nº 72, 11/07/1917). No obstante, fue en los actos dedicados a las artes plásticas donde existió mayor correspondencia entre “El Círculo” y las instancias gubernamentales, anticipando lo que sería la aprobación de políticas culturales en torno de la creación de museos.

El sábado 30 de agosto de 1913 “El Círculo” inauguró el Primer salón de Bellas Artes, con la presencia del presidente de la Nación, Dr. Roque Sáenz Peña. El salón pudo ser organizado con la contribución particular de renombrados socios, que desinteresadamente aportaron los fondos necesarios (*Actas de “El Círculo de Rosario”*, [s.f.]), además de los recursos obtenidos de venta de las obras del pintor rosarino Augusto S. Olivé. El salón contuvo las expectativas de distintos pintores y escultores de la ciudad, como el mismo Alfredo Guido o Emilia Bertolé, quienes, formados en su mayoría en talleres de maestros extranjeros, pudieron mostrar sus obras durante la década inicial del siglo XX, por fuera de las galerías de arte de amigos y conocidos.

Continuando con esta iniciativa, cuatro años más tarde, el 24 de mayo de 1917, se abría el Primer Salón Nacional de Bellas Artes de Rosario, organizado también por decisión de “El Círculo” y con la presencia del director del Museo Nacional de Bellas Artes Dr. Cupertino del Campo. El éxito de esa primera muestra logró que el entonces intendente municipal, F. Rémonda Mingrand, creara el 19 de julio de 1917 la Comisión Municipal de

Bellas Artes que tuvo por finalidad “la creación de un museo, una academia y demás trabajos que tiendan a fomentar el arraigo y el crecimiento del espíritu”. Además, desde ese momento la Municipalidad de Rosario tomó a su cargo las ulteriores muestras que darían comienzo a la organización del Museo Municipal de Bellas Artes. Tal comisión municipal de Bellas Artes (conformada, entre otros, por Juan B. Castagnino, Emilio Ortíz Grognet, Fermín Lejarza y Nicolás Amuchástegui), estaba integrada por miembros de “El Círculo”, y su trabajo se encontraba articulado con la administración pública municipal, y permitió que finalmente el museo fuera inaugurado en enero de 1920. La muestra inaugural se efectuó en base a obras cedidas por el Museo Nacional de Bellas Artes, pero desde ese momento su colección comenzaría a engrosarse en base a donaciones de cuadros y esculturas, fundamentalmente realizadas por los sectores burgueses de la ciudad. Finalmente, el 7 de diciembre de 1937 fue inaugurado el nuevo edificio del museo donado a la ciudad por la madre (Rosa Tiscornia de Castagnino) de uno de los miembros de esa comisión de arte de “El Círculo”, Juan B. Castagnino, en su memoria como precursor de los coleccionistas de arte locales.

Durante la inauguración, el Dr. Nicolás Amuchástegui, presidente de la Comisión Municipal, desplegó convincentes argumentos para incentivar a la burguesía local a ser generosa en la potenciación de una gran colección pública de arte, nutrita tanto por estos “premios adquisición”, que eran viables gracias al compromiso de otras instituciones muy vinculadas a través de sus socios con “El Círculo”. Es importante recordar que el núcleo activo de socios de “El Círculo” tenía una plural membresía en otras destacadas instituciones de clase como el Club Español, el Jockey Club, la Sociedad Rural o la Bolsa de Comercio. Alrededor del 57% de los socios del Jockey Club formaban parte de “El Círculo” en sus diferentes facetas (C.D., socios fundadores, o socios plenos). A esto último cabría agregar que poco más del 10 % eran familiares directos de los miembros de la institución cultural. La profunda correspondencia entre socios de una y otra institución nos hace pensar que la más antigua de ellas podría haber funcionado, y de hecho creemos que lo fue, como una base de reclutamiento para la conformación de un padrón de socios de una entidad cultural que fue capaz de crecer tan significativamente en un lapso tan corto de tiempo (Fernández, 2006c, p. 69). Desde esta perspectiva, Amuchástegui volvió a refrendar este ideal virtuoso ya expresado en años anteriores por Francisco Javier Correa mediante una proclama redactada y difundida en la asamblea del 6 de mayo de 1910 de la asociación “Hospital e Instituto de Enseñanza Médica del Centenario”:

Los ricos tienen una función económica y social que legitima las diferencias de la fortuna y en esta ocasión deben mostrar que son dignos del envidiado lugar que ocupan y de las ventajas de que gozan [...] (Bosch, 1966, p. 17-18).

De este modo, generando una colección pública no sólo se pretendía configurar una esfera artística unificada en un ideal burgués sino además se buscaba refrendar un espacio de legitimación colectivo en donde la ciudad huérfana de auxilios estatales se nutriera del despliegue civilizador de su grupo dominante. Así, la asociación “El Círculo” se consagra como el gran mecenas de la ciudad desde el múltiple objetivo de construir una colección pública y sostener el culto por el arte.

En tal misión, la revista de la institución llevada adelante entre los años 1919 y 1920 (primera época), 1923 y 1925 (segunda época), cumple una función primordial en la difusión de las actividades y como complemento de las acciones desplegadas por la entidad. La revista de este modo pasó a ser la platea elegida para la difusión de ideas, modelos y comentarios. Dentro de las crónicas que desarrollaban las actividades dedicadas a la pintura y la escultura deben citarse las distintas reseñas de los Salones de Otoño, que organizados por la asociación representaban la posibilidad de circulación y exhibición de las obras de artistas nacionales y en especial rosarinos. En el número de mayo de 1919, Rubén Vila Ortiz en su editorial traza el recorrido de lo que representa el tercer Salón de Otoño: “Una de las más hermosas iniciativas de la institución cultural ‘El Círculo’ ha sido indudablemente la que creó en el Rosario un Salón de Bellas Artes” (*El Círculo*, 1919, p. 85-86).

Desde la revista, entonces, no sólo se exploraban las posibilidades de “educar” desde las imágenes “colgando” reproducciones fotográficas de “obras de valor universal”, sino que además se agregaban facsímiles de obras de pintores argentinos –muchos de ellos premiados en los Salones organizados por la institución– fotografías sacadas por amateurs miembros de la misma entidad, informes de muestras con sus correspondientes ilustraciones, y hasta elecciones literarias consideradas de significación con la oportuna ilustración de los colaboradores de la revista. Por lo tanto, la vocación didáctica tenía doble faz. Los colaboradores y editores de la revista, por un lado, buscaban resaltar la pátina cultural adquirida a través de una educación de élite esmerada y, por otro, se concentraron en distinguir los elementos que apuntaban a superar su condición de exclusivamente reproductores de arte, manifestándose en tanto creadores, difusores y gestores de experiencias artísticas. En tal sentido, la revista se monta como una colección desde la concentración de una serie de diseños acordes a la línea estética e ideológica trazada

por sus responsables, lo cual permitió la configuración de su identidad editorial. Entonces el proyecto organizó estéticamente su composición desde la noción implícita de que la publicación era un objeto de arte a la par que una “muestra” por entregas.

Así, en tanto objeto de arte también era colecciónable, de allí la particular atención en diseños de tapas, viñetas, ilustraciones, fotografías, reproducciones y diseños publicitarios. La forma, entonces, era igual de importante que el contenido porque ambos eran al fin objetos de colección, pero asimismo existían diferencias importantes entre estos dos aspectos. En consecuencia, las reproducciones de obras de arte, en especial de pinturas y esculturas, se consideraban como exposiciones de “maestros” de renombre internacional, o como muestras de autores contemporáneos, en su mayoría argentinos, que era necesario difundir, las cuales, colgadas como en una sala de museo, se presentaban a lo largo de las páginas de cada número (Fernández, 2009c, p. 108-109).

Con una tarea complementaria cumplieron las editoriales y los artículos escritos por los directivos de la institución. Tales escritos insistieron sobre los objetivos institucionales de auxiliar en la generación de un museo de arte, brindando la seguridad de que la iniciativa de los Salones de Otoño se prolongaría en el tiempo. De este modo, la meta trazada que vinculaba la producción de los artistas rosarinos con el espacio público los convertía además en un ente de regulación y articulación entre estos últimos y el estado municipal. La situación los proveyó de un excelente contexto de justificación colocando en escena la trama de intereses entre los benefactores privados y el gobierno municipal.

Reflexiones finales: la iniciativa y sus márgenes

Y como todas sus iniciativas, también ésta ha tenido un desarrollo tan auspicioso, que en breve, nos será posible asistir a la apertura del tercer torneo que con tanto empeño acaba de organizar la actual Comisión Municipal. El Salón, que ya es cosa nuestra, incorporado a la vida rosarina por derecho de legítima ciudadanía, hace concebir en la actualidad todas las esperanzas de un hecho indestructible... (El Círculo, 1919, p. 85-86).

Como bien reza el artículo, el salón inventado por “El Círculo” adquiere ciudadanía y, por lo tanto, prerrogativas. El principal derecho era la legitimidad que el premio le otorgaba al artista galardonado. En segunda instancia convalidaba la construcción del espacio social a partir de la trascendencia de la distinción. El marco sobre

el que se imprimían estas acciones era el de la voluntad de dotar a la ciudad de un arte con mayúsculas. La ciudad, como cuerpo, se impregnaba de cualidades civilizadoras. De ahora en más, también tenía esa marca identitaria que la haría singular. Todo ello no podía ser posible si no estuviera subyacente en la organización de los salones de una marcada disposición de destacar las cualidades pedagógicas potenciales del arte:

Es tal el ambiente creado en su favor entre nosotros y fuera de nosotros, que ya no es posible su muerte, aunque almas pequeñas conspiraron en su contra. De su existencia, sólo derivan ventajas para todos: para el pueblo, una escuela abierta de educación artística; para los artistas, un incentivo más para el desarrollo de sus nobles aptitudes; y para el Rosario, el orgullo de sentirse regenerada al amparar y nutrir, con su savia potente, estas fuentes de vida espiritual...

Las palabras vertidas por Vila Ortiz en la editorial del número 5 de la revista “El Círculo”, demuestran el plano dentro del cual se definía la cultura como un proceso de perfeccionamiento intelectual y moral:

Sus clases dirigentes y el pueblo todo, hace ya rato que están penetradas de la importancia que semejantes instituciones tienen para la cultura del país. Sin embargo, es sensible que la única nota discordante la den, en este caso, los gobiernos con su incomprensible indiferencia [...].

El dominio de lo público como capital hegemónicamente contenido y conducido por una clase social adquiere prerrogativas en los dichos de Vila Ortiz. El presidente de la asociación afirma que los gobiernos son indiferentes y así deja entrever que no existía un paradigma cultural desde los gobiernos nacionales que fuera capaz de expresar una idea de cultura y arte capaz de homogeneizar la sociedad argentina. Por tanto, la tarea activa se debía circunscribir a un espacio cercano más permeable y eficaz en el funcionamiento de redes sociales que auguraran mejores tiempos para la consolidación de una idea de cultura predominante. Pero, cuidado, el Estado no debía desaparecer; debía estar allí para asistir con su legalidad y recursos a la empresa:

Precisamente ellos, que en su misión de conductores están en la obligación de pulsar las aspiraciones colectivas, que no solo exigen comodidades materiales, sino también un poco de pan espiritual, indispensable para que la vida resulte más soportable. No obstante la sordera de los hombres de estado no les permite auscultar estas nobles ansias de sus pueblos y cuando los de abajo

resuelven reemplazarlos en sus deberes abandonados, ni se les ayuda, ni siquiera se les agradece [...].

Como bien expresamos en estas páginas, los hilos que mantuvieron unida la trama de la gestión estatal con la iniciativa asociativa privada se encontró dada por una densa sociabilidad burguesa donde un grupo –necesariamente, una minoría–, unido por la conciencia de las necesidades del medio social, llevaba adelante un programa de transformación intelectual y moral. De esta forma, este grupo privilegiado y diferenciado se encontró, en esos años, comprometido con la transformación y orientación de un “pueblo” que, enunciado, aparecía como un todo homogéneo y pasivo. El concepto de cultura, esgrimido entonces, se encontraba ligado a la élite pero debía servir para la “humanización” del resto de la sociedad.

El cierre de los años treinta y fundamentalmente el peronismo de los cuarenta expondrían las tensiones, debates y conflictos de este modelo de interpellación del espacio público en el plano cultural, artístico e intelectual, lo que demuestra la intensidad de este tipo de experiencias en la generación de un campo de acción colectivo que, definitivamente, sería “resignificado” en las décadas centrales del siglo XX.

Referencias

- BOSCH, R. 1966. *Historia de la Facultad de Medicina*. Rosario, UNL, 222 p.
- BUCHBINDER, P. 2010. *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires, Sudamericana, 255 p.
- DALLA CORTE, G.; SONZOGNI, E. 2000. *Intelectuales rosarinos entre dos siglos: Serafín, Clemente y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública*. Rosario, Prohistoria & Manuel Suárez Editor, 292 p.
- FERNÁNDEZ, S. 2002. La arena pública de las ambiciones privadas: relaciones sociales y asociacionismo en la difusión de la cultura burguesa: Juan Álvarez y El Círculo de Rosario (1912-1920). *Tierra Firme: Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 78:229-247.
- FERNÁNDEZ, S. 2006a. Poder local y virtud. In: P. GARCÍA JORDÁN (ed.), *Estado, región y poder local en América Latina, siglos XIX-XX*. Barcelona, UB-TEIAA, p. 229-250.
- FERNÁNDEZ, S. 2006b. Sociabilidad, corporaciones e instituciones: tomo 7. In: D. BARRERA (dir.), *Nueva Historia de Santa Fe*. Rosario, Prohistoria/La Capital, 198 p.
- FERNÁNDEZ, S. 2006c. *Los burgueses rosarinos en el espejo de la modernidad: prácticas, representaciones e identidad: Rosario a comienzos del siglo XX*. Rosario. Tesis doctoral. Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, 585 p.
- FERNÁNDEZ, S. 2009a. Entre el orden científico y la beneficencia: la experiencia del Hospital e Instituto de Enseñanza Médica del Centenario, Rosario, 1910-1929. In: JORNADAS INTE-RESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA, XII, Bariloche, 2009. *Actas...* Bariloche, UnCo, 17 p. [CD].
- FERNÁNDEZ, S. 2009b. *La revista “El Círculo” o el arte de papel*. Murcia, EDITUM, Universidad de Murcia-Servicios de Publicaciones, 253 p.

- FERNÁNDEZ, S. 2009c. Los comerciantes en el escaparate: El primer Congreso Nacional del Comercio Argentino, Rosario, 1911. *Naveg@merica: Revista Electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, 2:1-26. Disponible en <http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/55611/53581>. Acceso el: 12/10/2010.
- FERNÁNDEZ, S. 2011. Sociabilidad y política corporativa: la experiencia del Primer Congreso del Comercio Argentino. Rosario, 1911. In: JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA, XIII, Catamarca, 2011. *Actas...* Catamarca, UNCa, 25 p. [mimeo].
- GARCÍA, A. 2006. Lo íntimo y lo público: sociabilidad y familia. In: S. FERNÁNDEZ, Sociabilidad, corporaciones e instituciones. Tomo 7. In: D. BARRIERA (dir.), *Nueva Historia de Santa Fe*. Rosario, Prohistoria/La Capital, p. 79-100.
- RUSIÑOL, S. 1911. *Un viaje al Plata*. Madrid, V. Prieto y Compañía Editores, 211 p.

Fuentes primarias

- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1912-1920. Establecimientos Gráficos Woelflin.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1914. Reunión nº 23, 14 de jul. Savoy Hotel, Poesías de Ricardo Rojas leídas por su autor.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1914. Reunión nº 24, miércoles, 15 de jul. Teatro Olimpo, ‘La bandera’ conferencia a cargo del Sr. Ricardo Rojas, presentado por el Sr. Ortiz Grognet.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1915. Reunión nº 32, 18 de abr. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘La vida Épica. Estudio general sobre poesía Épica. Importancia social de la poesía en todas las Épocas’, conferencia de Leopoldo Lugones.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1916. Reunión nº 49, 23 de abr. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘Significado histórico del quijotismo’, conferencia de Leopoldo Lugones, en conmemoración del tercer centenario de la muerte de Miguel de Cervantes.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1916. Reunión nº 65, 31 de dic. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘El tipo conyugal de la mujer en Homero’, conferencia de Leopoldo Lugones con lectura de traducciones del verso griego, hechas por el conferenciante.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1916. Reunión nº 63, 4 de dic. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘Cultura Filosófica’, Conferencia del catedrático español Don José Ortega y Gasset.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1914. Reunión nº 26, 14 de sept. Savoy Hotel, ‘La mujer en la antigua literatura narrativa española, conferencia a cargo del filólogo español Dr. Ramón Menéndez Pidal’.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1916. Reunión nº 50, 28 de mayo. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, Poesías de Manuel Ugarte, leídas y comentadas por su autor.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1917. Reunión nº 79, 21 de oct. Teatro Colón, ‘Tipos argentinos “El pastor de la Pampa” Estudio Histórico-sociológico’, Conferencia a cargo del Dr. Carlos Ibarguren, ex Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, catedrático de las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras de Buenos Aires.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1917. Reunión nº 67, 15 de abr. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘Evolución y significado del Arte Argentino’, Conferencia a cargo de José León Pagano, Profesor de Historia y Estética en la Academia Nacional de Bellas Artes y miembro honorario de la Real Academia de Florencia.

- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1913. Reunión nº 15, 28 de sept. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘La preservación de la Infancia. El niño centro de toda acción preventiva. Su formación, su crecimiento, su educación. La madre, la sociedad y el Estado en los diversos períodos de la vida del niño. La preservación moral’, Conferencia a cargo del Sr. Académico de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, Dr. Gregorio Araoz Alfaro.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1913. Reunión nº 8, 18 de mayo. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘A Mono o mona? A Hombre o mujer?’, Conferencia a cargo del Dr. Clemente Onelli, director del Jardín Zoológico de Buenos Aires.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1917. Reunión nº 82, 14 de nov. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘El General Urquiza después de Caseros. El Acuerdo de San Nicolás y la segregación de Buenos Aires’, Conferencia a cargo del Dr. Ramón Cárcano, presentado por el Dr. Juan Álvarez.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1919. Reunión nº 104, 18 de ago. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, ‘El Tronador’, Disertación literaria y geográfica con proyecciones luminosas por el periodista don Emilio B. Morales.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1919. Reunión nº 107, 15 de sept. ‘Los Elementos básicos del carácter nacional Ruso, en su relación con el problema social’, Conferencia a cargo de S. E. Ministro Plenipotenciario de Rusia en nuestro país, don Eugenio Stein.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1917. Reunión nº 72, 11 de jul. Salón Blanco, Biblioteca Argentina, Conferencia del Sr. Manuel Gil sobre cuestiones extra-terrestres relacionadas con la vida en el universo.
- ACTAS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. Ingeniero Augusto Flondrois, Dr. Nicanor De Elia, Dr. Tomás Arsi, Dr. N. R. Amuchástegui, Sr. Agustín Mazza, Sr. Guillermo De La Riestra, Sr. Luis Ortiz De Guinea, Dr. Luis Vila, Dr. Manuel Otero Acevedo, Dr. Pompeyo Layús, Sr. Domingo Benvenuto, Sr. Cesar Layus, Dr. Fermín Lejarza, Sr. Rosendo Olivé, Sr. Magín Anglada, Sr. Emilio Ortiz, Sr. Emilio Ortiz Grognet, Sr. Toribio Sánchez, Dr. C. Sarghel, Sr. Juan B. Castagnino, Dr. Rubén Vila Ortiz, Sr. Luis Colombo, Sr. Cornelio Casablanca, Sr. Alejandro Hertz, Dr. Camilo Muniagurria, Sr. J. Vila y Prades.

EL CÍRCULO. 1919. Año 1, núm. 5, mayo, p. 85-86.

ESTATUTOS DE “EL CÍRCULO DE ROSARIO”. 1921. Rosario, Establecimientos Gráficos Woelflin.

LA OBRA CULTURAL DEL CÍRCULO, ROSARIO. 1912-1921. Rosario, Talleres Woelflin.

Submetido: 01/08/2013

ACEITO: 08/10/2013

Sandra Fernández
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
UER-ISHIR (CONICET)
CCT Rosario, 27 de Febrero 210 bis
Rosario, Santa Fe, Argentina

Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Humanidades y Artes, Escuela de Historia
Entre Ríos, 758
Rosario, Santa Fe, Argentina